

## Capítulo 6

### Tuli, un nuevo amigo

*Nunca se aparte de ti la misericordia y la verdad; átalas a tu cuello, escríbelas en la tabla de tu corazón y hallarás gracia y buena opinión ante los ojos de Dios y de los hombres. Proverbios 3:3-4)*



El otoño seguía su curso. Las ramas de algunos árboles ya estaban con pocas hojas y las aceitunas adquirían un buen tamaño en los olivos. Las mañanas eran frías y el aire de la sierra anunciaba nieves cercanas.

Las clases ya se habían trasladado del patio a la habitación que servía de aula. Un día recibieron una visita; era Don Pedro, como le llamaban los niños, un tratante de ganado que al menos dos veces al año solía venir a comprar ovejas y cabras que vendía a otros ganaderos. Sus compras eran importantes especialmente cerca de la época de la Navidad, que es cuando más corderos se consumen en las mesas de Nochebuena.

El hombre siempre se acordaba de traer algún regalito para los niños que compraba con ayuda de su mujer, y solía acertar plenamente. Esta vez para las niñas trajo unos prendedores del pelo y para los niños una lupa, para los que tenían afición por los insectos, y un tirachinas para Miguel. A Luis le tocó una peonza de madera de colores. Por esto y por su agradable charla siempre era muy bienvenido al cortijo de las Jaras.



Esa vez no vino sólo; le acompañaba un perro de tamaño mediano, de raza desconocida que tenía una mirada no muy alegre. No se separaba de Don Pedro, y cuándo algún niño quería acercarse a él se marchaba a otro lado. No parecía querer contacto con niños ya que a los mayores sí les permitía acercarse e, incluso, se dejaba acariciar.

Pasadas unas horas, y una vez que el trato estaba cerrado, Don Pedro se marchó, Sólo al anochecer vieron al perro deambulando por los alrededores.

-¡Vamos a llamarle!- dijo Miguel- ¿pero como se llama?- preguntó.

- ¡No se! – dijo Toni. No nos lo dijo Don Pedro.

Entonces empezaron a chistarle; el perro los miraba desde lejos y no quería acercarse. Elena, la madre, les dijo que le dejaran y que le pusieran comida y agua cerca de casa para que se alimentara.

- Seguramente se despistó de su amo y éste volverá a buscarlo- señaló.

A la mañana siguiente vieron que la comida había desaparecido y el perro también; sin embargo, al anochecer de nuevo regresó; esta vez se acercó algo más pero no quiso entrar en casa. Se comió en el patio la comida que le pusieron y se quedó bajo la parra sentado y mirando hacia el campo, como esperando el regreso de su amo.

-Hay que ponerle un nombre, al menos, hasta que vengan a buscarlo- dijo Toni mirando a su madre.

Y esa noche en la cena hubo propuestas de nombres. Luis decía Kazan.; se notaba que había leído un libro que trataba de un perro lobo llamado Kazan.

-No, Luis, dijo su hermano Miguel. Kazan es un nombre de perro lobo, de perro muy grande, este es muy pequeño.

-Bueno, podemos llamarle Seto- dijo Javier.

-Tampoco está mal, pero recordaría los setos de los jardines- añadió Toni,- ¡es mejor que no signifique nada!

-¡Creo que cada uno puede proponer uno y si no nos ponemos de acuerdo lo echamos a suertes!- propuso Isabel.

Todos estuvieron de acuerdo, pero efectivamente a cada uno le encantaba su nombre y no quería ceder. Y así propusieron Colo, Mentate, Luso, Perto etc.

Escribieron los nombres en papeles e invitaron a Elena y a Ricardo, meros espectadores de la discusión, a que ellos también metieran un nombre. Ellos, no muy animados, lo hicieron.

La mano inocente fue, por supuesto, la de Laura, que esperaba que el nombre suyo, Colo, saliera; todos miraban expectantes a Toni mientras éste desdoblaba el papel sacado.

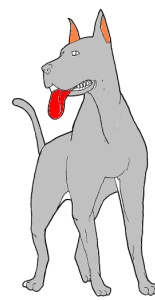
- ¡Tuli!- dijo en voz alta, casi gritando- ¿Quién ha puesto este nombre? ¡no lo había oído nunca!

- He sido yo- contestó la madre- ¿No me habíais dicho que yo participara? Pues ese es el resultado. ¡Tuli es su nombre!

Les faltó tiempo para ir al patio donde el perro dormitaba para llamarle, pero éste no pareció enterarse de que era él el objeto de la llamada.

Desde entonces el perro, que por la mañana se iba por el camino por donde se había alejado su amo, retornaba cada atardecer, exhausto y con mucha hambre. Cada día se iba un poco más tarde y regresaba antes, hasta que finalmente, un día permaneció en el cortijo y ya no se marchó.

El perro, Tuli, había decidido quien sería su amo. No eran los niños, no, era Elena. Ella era a la única que recibía con gusto, meneando el rabo. Ella le hablaba con dulzura,



como si fuera otro niño y le dejaba tranquilo que se moviera fuera de la casa a su gusto. El perro no quería entrar aún en la vivienda.

Su relación con los niños no era tan buena como cabía esperar. Se podía pensar que los chicos, con sus ganas de jugar, se atrajeran al perro, pero éste los mantenía a una cierta distancia. Se dejaba tocar, eso sí, pero cuando ya se ponían muy pesados les enseñaban los dientes; entonces la madre le recriminaba.

- ¡No Tuli! ¡A los niños no les enseñes los dientes!

Llegaron a la conclusión de que aquel perro tenía un cierto trauma con los niños ya que aunque a veces jugaba con ellos de pronto se paraba y se marchaba cerca de Elena, como buscando protección.

Miguel solía emplear el tirachinas para lanzarle piedras a gran distancia – se estaba volviendo un experto- y el perro solía ir a buscarlas, pero las olía y no las devolvía.

Pasó el tiempo y poco a poco el perro encajó en la dinámica de la casa. Los niños aprendieron a respetarle y Tuli aprendió a soportarlos, pues eso parecía cada vez que tenía a Laura o a Luis pasándole la mano por el lomo. De todos modos el perro se hizo imprescindible para los chicos y cada vez que se alejaban de casa les seguía con gusto. De todos modos su ama indiscutible seguía siendo Elena; a ella la obedecía en todo y siempre estaba pendiente de sus manos, sus gestos y sus idas y venidas.

- Este perro es raro- solía decir Ricardo- si no fuera porque le dominas tan bien, le echaría de casa: pero sabía que ya el perro estaba muy metido en el corazón de todos.

Pasó el tiempo y al cabo de unos seis meses, ya por la primavera, recibieron de nuevo la visita de D. Pedro que, como siempre, traía regalitos para los niños. Esta vez eran cuentos para cada niño según su edad; a los mayores les regaló unos cuentos de aventuras de piratas y a las niñas unos llenos de dibujos maravillosos que hablaban de princesas y dragones.

Cuando el perro vio a su antiguo amo corrió hacia él. ¡Lo había reconocido! Don Pedro lo acarició y le dijo.

-¡Vaya bien que te tratan, amigo! ¡Ya sabía yo que estarías en una buena casa!

-Pero, ¿cómo? – Exclamó Ricardo- ¿No se había perdido el perro?



- ¡En absoluto! –declaró el ganadero- lo dejé aquí para que viviera otra vida. Este perro no es mío, me lo dieron los de un cortijo lejano donde había muchos niños que lo usaban para sus juegos feroces: Le ataban latas y troncos a la cola, le ponían un aro encendido por donde le hacían pasar, le dejaban frecuentemente sin agua o comida; en fin que los dueños me lo dieron para que el animal no sufriese.

- ¿Pero por qué lo dejó aquí? - preguntó aún sin entender Elena-

Los niños miraron con ansiedad al hombre esperando su explicación, pues de ella dependería el que se quedara o no el perro en la casa.

- En casa no se adaptaba. Como habrán comprobado es un perro que tiene un carácter distinto; es pacífico pero no admite mucho contacto. Yo tengo allí un par de perros que no le querían en su clan. Como había visto que aquí a los animales se les trata a cuerpo de rey, con cariño y respeto, pensé que sería un buen lugar. Perdonen que no les preguntara pero pensaba que sólo iba a tardar un mes en volver y, entonces, si no les gustaba me lo volvería a llevar.

Entonces le contaron cómo el perro cada día, durante más de dos semanas, se marchaba a buscarle y cómo volvía por la tarde. Los niños le dijeron que ya querían mucho al perro y que éste también les quería y que ambos niños y perro sabían donde estaban los límites para unos y otro. En fin que querían quedarse con él.

Ya por la tarde D. Pedro se despidió de todos, incluso del perro.

-¿Cómo se llamaba el perro? Le preguntó Toni.

-Sila- contestó el hombre.

Pero cuando D. Pedro comenzó a alejarse en su coche, dando tumbos por la mal trazada carretera; el perro corrió tras de él.

Elena, le llamó:

- ¡Tuli! ¿Nos dejas?

Y entonces Tuli hizo algo extraño, se sentó y miró a la casa y los niños, y miró al coche que se alejaba lentamente y volvió a mirar a los niños y finalmente se quedó mirando el coche hasta que se perdió en una curva. Y, lentamente primero y después corriendo y moviendo el rabo fue a saludar a la familia. Definitivamente había optado por quedarse con la nueva familia.

Y esa fue la primera noche que el perro entró, para gusto de todos, en la casa.

¿Por qué tenía el perro miedo a los niños, Inés? - preguntaba por la noche Laura antes de dormir.

- No le trataron bien. Cuando no hay misericordia con los animales o con las personas, éstas se alejan dolidas y no puede haber amistad con ellas. Por eso debemos respetar, cuidar y amar toda la creación de Dios, incluidos los animales. ¿De acuerdo?

Y Laura, después de hacer su pequeña oración a Dios en esa ocasión añadió su deseo de que siempre supiera tratar con misericordia –esa palabra la acababa de aprender- a todos los animales.

M.L.V.Cuadros